

DE LA TRADUCCIÓN A LA CREACIÓN 2024

La rayuela



CONCURSO LITERARIO
«De la traducción a la creación» 2024

X EDICIÓN



De la **TRADUCCIÓN** a la **CREACIÓN**

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES

Palabras+ y la **Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE)**, en colaboración con la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra y la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC), convocan la décima edición del concurso literario para traductores e intérpretes «**De la traducción a la creación**». Este concurso se enmarca en los actos de la [Semana del Español en Ginebra](#).

1. TEMA DE LA DÉCIMA EDICIÓN: “LA RAYUELA”

En 2024 se cumplen 40 años del fallecimiento del escritor y traductor argentino **Julio Cortázar**. Una de las obras más conocidas de su carrera es «**Rayuela**».

Como humilde homenaje a esta efeméride, este año os invitamos a que nos enviéis:

un **relato corto** en cuya trama ocupe un lugar destacado un **juego infantil**;
asimismo, deberéis adjuntar una **imagen** o una **fotografía** que acompañe al relato.

2. PARTICIPANTES

Podrán participar los **traductores** o **intérpretes** (estén o no en activo) y los **estudiantes de traducción e interpretación** que tengan el español como lengua de destino.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada participante podrá presentar **una sola obra**. Para ello, enviará un correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es e indicará el título de la obra en «Asunto». En el cuerpo del mensaje, el autor indicará sus datos personales, un seudónimo y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete.

Adjuntará al correo dos ficheros:

- Un **documento Word** titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_relato.doc/.docx que contenga el **relato** firmado con el seudónimo. La obra estará escrita en español, será original e inédita y no habrá sido premiada con anterioridad ni estará pendiente de fallo en otros certámenes. El único requisito argumental es que un **juego infantil** ocupe un lugar destacado en el texto. El relato tendrá una extensión de **1.000 palabras como máximo** y se presentará en caracteres Arial 11 a doble espacio.

- Una **imagen** o una **fotografía** (en formato .jpg, .jpeg o .png) titulada [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_foto.jpg/.jpeg/.png que guarde relación con el relato o que haya servido de inspiración a la hora de escribirlo. Para garantizar el anonimato, el autor no podrá aparecer en la fotografía. Podrán utilizarse fotografías propias o cualquier imagen de dominio público (en internet hay diversos repositorios de imágenes **libres de derechos de autor**).

4. JURADO

Si no quieres enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Los relatos serán evaluados por varios lectores, que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, Palabras+ elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes inscribirte como escritor enviando tu obra antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra, Suiza) del **7 de abril de 2024**.

Si quieres inscribirte como lector, envía un correo electrónico con tus datos personales y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a palabrasmas@afie.es. El plazo para inscribirte como lector expira el **7 de abril de 2024** y el plazo para evaluar los textos termina el **21 de abril de 2024**.

6. PREMIOS Y DIFUSIÓN

El autor del relato ganador recibirá un premio de **200 CHF** en metálico.

El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la [página web del concurso](#) y las redes sociales a **finales de abril o principios de mayo de 2024**, en el marco de la Semana del Español en Ginebra.

A medida que el Comité organizador vaya recibiendo las obras, publicará las fotografías junto con extractos de los relatos en las siguientes redes sociales:

- Perfil de Instagram de Palabras+: [@palabras_mas](#)
- Perfil de Facebook de Palabras+: [Palabras+](#)

7. OTRAS CONDICIONES

La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.

Los datos personales facilitados no se utilizarán para ningún otro fin.

Palabras+ es un colectivo aconfesional y apolítico, no vinculado a ninguna ideología.

Los miembros de Palabras+ podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar al premio.

Se ruega dar la máxima difusión.

Palabras+

Organizan:



Colaboran:



Harding Elliot (Gabriela Villano)

...que esa rayuela era mala, pero no hice caso. Lo único que me importaba era encontrar a mi padre. Al fin y al cabo, era sólo un dibujo que alguien, quien sabe por qué, había pintado, hacía mucho, en una vereda, por la calle Vera, cerca de donde habían visto a mi viejo por última vez. Los dibujos no pueden ser ni buenos ni malos, creía entonces. Son trazos de colores, formas, nada más.

Cuando me avisaron que hacía muchos días que nadie veía a mi padre, largué todo en Córdoba y me vine enseguida para Buenos Aires. Entré en su departamento con la llave que le había dejado a una vecina, por las dudas, ahora que vivía solo y deprimido, desde el accidente.

Me asusté. Había hilos, cables y piolines cruzados por todos lados, formando arabescos que parecían haber sido creados por una araña enloquecida. Había dejado ollas llenas de agua, rulemanes tirados por el suelo, una sinfonía de trampas casi infantiles para que nadie entrara. Entonces, me di cuenta de que el viejo había cruzado un umbral sin retorno. ¿Alzheimer? ¿Demencia senil?

-La culpa es tuya -me recriminó mi mujer esa misma noche, cuando se lo comenté por teléfono-. Hace años que no lo ves, por lo de tu mamá. Ni sabés en qué andaba, ni cómo estaba.

Sabía en lo que andaba: leyendo *Rayuela*, de Cortázar. Había un ejemplar bastante manoseado, ubicado primorosamente en el centro del laberinto de hilos cruzados que había armado en el living, encima de una vieja guía "Hermes" con las calles de la ciudad. Como señalador, había dejado, justo en la receta para jugar a la rayuela, un folleto de una casa de comidas, en la calle Vera, en la otra punta de la ciudad. Atrás, había garabateado, a las apuradas, con su letra picuda: "Hay que llegar al equilibrio del Cielo del lado de acá y de allá. La verdad verdadera de la Rayuela está en Vera, a la vera."

"Mi viejo enloqueció", pensé, desolado, con el folleto en la mano. Y me puse a buscarlo.

Hice la denuncia en la comisaría y en una fiscalía, movilicé a mis contactos en las redes sociales, pero nada. Después de mucho sufrir y caminar, y de consultar la guía "Hermes" de mi padre, llegué a esa cuadra perdida en Vera, con el dibujo pintarrajeado. Toqué muchos timbres con una foto

de mi viejo, que llevaba dentro del libro de Cortázar, para no sentirme tan solo. Un vecino sombrío, de barba descuidada y apellido Botero, me confesó, al margen:

-Yo lo vi a tu papá, jugando a la rayuela pintada en la vereda. Después, no lo vi más. Tené cuidado. Esa rayuela es mala.

Por esa información, me cobró una moneda.

Eso sí que era insólito y ridículo. Mi viejo, un jubilado acartonado, triste y con artrosis, ni loco se hubiera entregado a ese juego infantil y, menos, a la vista de cualquiera que pasara por esa calle tranquila del barrio de Villa Crespo.

A esta altura de mi odisea a través del infierno de la culpa, por haberme desentendido de mi padre, deambulaba al límite, con la mala sensación de que no lo iba a encontrar nunca. Se lo había tragado la tierra. Desde hacía días que casi ni dormía, saltando de la razón a la locura, de un casillero a otro. Lo mismo que jugar a la rayuela. “Hay que llegar al equilibrio del Cielo del lado de acá y de allá. La verdad verdadera de la Rayuela está en Vera, a la vera”, mi viejo había dejado anotado, antes de desaparecer. ¿Sería un aviso? ¿Un pedido de ayuda? ¿Una despedida?

No andaba nadie por la calle; era la hora de la siesta.

Perdido por perdido...

Para llegar al Cielo, se necesitan “una acera, una piedrita, un zapato, y un bello dibujo con tiza, preferentemente de colores”, según Cortázar.

Listo.

Me paré en el primer casillero de la rayuela, pintado de negro desvaído, la Tierra, y me dispuse a alcanzar el Cielo a los saltos, pasando, sin detenerme, por encima del Infierno. Tiré con prudencia una piedra que encontré en la calle. No quería que cayera fuera del dibujo. “Ahí va mi alma”, me dije al lanzarla, abandonando la razón y toda lógica. Salté de mi purgatorio privado y me dirigí hacia el Cielo, haciendo equilibrio en un pie. Sentí que estaba volviendo a casa. Pasé por un casillero blanco y, después, otro amarillo. La tercera vez que tiré la piedra, cayó en un cuadrado rojo fuego y se convirtió en una llavecita dorada.

-Ya estoy viendo cosas -rezongué, pero seguí adelante, levantando la piedra llave.

Cada vez estaba más cerca del Cielo, hasta que...

No lo pude pisar.

De pronto, me sentí arrastrado lejos de la rayuela, fuera de mí y del tiempo. Atravesé distancias infinitas en un relámpago, hasta que llegué a un páramo brutal, el Lugar de las Dos Verdades, supe sin saber cómo. Estaba bajo una bóveda sin estrellas, cercado por ráfagas violentas que aullaban de dolor. “Hay que llegar al equilibrio del Cielo del lado de acá y de allá”, recordé. Frente a mí, había una balanza de metal dorado, con una pluma de verdad en un platillo. El otro estaba vacío.

“Fui cruel con mi padre”, reconocí entonces. No había tenido la culpa de que mi madre muriera en la ruta. Sólo manejaba el auto. A cualquiera le puede estallar un neumático.

No quise que me pesaran el corazón. Sabía que mis méritos en la vida no iban a equiparar mi gran falta. Dejé la llavecita dorada en el platillo de la balanza y me preparé para servir en la oscuridad para siempre.

Ya había comprendido qué hacía esa rayuela pintada en Vera, otra palabra para “orilla”, y quién era ese vecino de apellido Botero. La mejor forma de ocultar algo es dejarlo bien a la vista.

Y todos sabemos que el Cielo al final del camino es un imposible.

«La sombra del Minotauro»

Andarina

“Gallinita, gallinita, ¿qué se te ha perdido en el pajar? Una aguja y un dedal... Da tres vueltecitas y los encontrarás”.

Una, dos, tres. ¡Ya! Comenzaba el juego.

Aquel verano habían tomado por costumbre jugar en el amplio patio, junto a unas extrañas rocas de enormes fauces selladas con sólidos barrotes de hierro. Jamás habían visto a los prisioneros. Quizá el calor les hacía ocultarse, buscando el frescor de los muros de piedra. La sombra de los pinos no alcanzaba a amortiguar el implacable sol que se colaba por aquellas tres oquedades, en el cénit de la tarde.

Sócrates dormitaba en el fondo de su celda, invisible a los ojos de los pequeños jugadores que, tomados de la mano, iban haciendo girar el corro alrededor de la gallinita.

Sócrates... Esa noche sus labios probarían, por fin, el letal brebaje. No había marcha atrás. Su querido amigo Critón le había contado que esa misma tarde pensaba sacrificar a su toro, una criatura de extraordinaria belleza, de un tamaño descomunal. Critón tenía puesta su fe en que Atenea favorecería al maestro, pues había reservado aquel ejemplar como ofrenda a la diosa por si alguna vez el destino se torcía. Y qué mejor momento que aquel. Sonreía Sócrates, tristemente, conmovido por el intento desesperado de su amigo de rescatarle de la injusta sentencia. Pero estaba decidido a permanecer fiel a sí mismo y, al fin, beber la cicuta.

Sin embargo, por un momento, los niños lograron distraerle de sus cavilaciones. Nunca se había detenido en exceso a observarlos, no había prestado gran atención a los juegos. Se acercó a los barrotes, sigilosamente. La visión de aquel corro trajo a su memoria sus tardes de juego en la Acrópolis, mucho tiempo atrás, cuando aún creía en los dioses.

La gallinita daba tumbos, con los brazos extendidos. Los chiquillos reían, esquivando como podían las manos del improvisado invidente.

- ¡Mirad, va a llover! – gritó uno de los niños. Una sombra oscurecía el cielo. Pero no, aquello no era una nube. Enseguida se percataron de que la sombra tenía una forma familiar y aterradora. Muchas

noches la veían colarse en sus alcobas, cuando la imaginación comenzaba a desbordarse como una riada y los monstruos iniciaban su tenebrosa danza.

- ¡Que viene el Minotauro! – gritó el más pequeño.

Salieron todos en estampida como cervatillos sorprendidos por el lobo, dejando solo ante el peligro al desdichado que, presa del pánico, no acertaba a desatar el fuerte nudo del viejo *sudarium* negro que le había prestado su madre, el que había usado durante décadas en los funerales.

Realmente, lo habían apretado a conciencia. Pero en ese momento lo más urgente era huir, como fuera, del Minotauro. ¿Qué camino lo alejaría del monstruo?

Critón y su comitiva continuaban su marcha, cargando con el enorme cadáver, hacia el altar de Atenea, junto al que entonarían su fervorosa plegaria.

Volvió el sol ardiente a caer de plano sobre el patio. La gallinita, dando tumbos, mareada, se topó inesperadamente con el grueso muro. Apoyándose en él, avanzó despacio, procurando mantener la calma. Solo deseaba encontrar la salida y recuperar la vista.

Fue entonces cuando oyó una voz, grave y serena, muy cerca, y casi se quemó la mano al tocar un barrote de hierro, que parecía recién salido del horno de Hefesto.

- Si quieres, te ayudo – dijo la voz.

El niño temblaba. - ¿Pero, y el Minotauro?

La carcajada que escuchó fue tan limpia que sintió un profundo alivio.

- Nunca ha estado aquí – respondió Sócrates.

Sus ancianas manos se deslizaron entre los estrechos barrotes y, delicadamente, desataron el *sudarium*.

Volvió a quedar ciego el pequeño un instante, después de haber pasado una eternidad privado de sus ojos.

Cuando se recompuso, miró al preso que, paradójicamente, acababa de liberarle. Lo reconoció de inmediato.

- ¡Eres Sócrates!

- El mismo – respondió, melancólico, el filósofo. – Y tú, dime, ¿quién eres?

- Aristóteles – replicó el niño, con sus pupilas anegadas de preguntas. – No quiero que te maten.

¿Crees que van a perdonarte?

- No lo harán. Tampoco deseo que lo hagan.

- ¿Quieres morir? – preguntó, perplejo, el chiquillo.

- ¿Morir, dices? ¡Jamás! Deseo vivir. Pero solo si puedo hacerlo a mi manera. Sin que nadie me obligue a creer, sin que me conviertan en otra persona – respondió el filósofo.

- Pero, si mueres, ya no podrás enseñar.

- Tampoco si vivo. Vigilarán mis pasos, no me dejarán respirar. ¿Qué clase de vida sería esa?

Aristóteles enmudeció, impresionado por aquellas palabras.

- ¿No temes a la muerte?

- La he temido, no te engaño. Pero, escucha: los cisnes cantan sus cantos más hermosos en la antesala de la muerte. Intuyo que lo que espera al otro lado no puede ser sino luz. No, no temo. La muerte podría ser la más grande de las bendiciones.

El niño acarició su rugosa mano y sonrió. Los ojos y la piel del maestro recibieron aquel contacto con un estremecimiento cercano a la fe.

- Yo también quisiera pensar como tú.

- Busca a Platón - dijo Sócrates. – Será un buen maestro. Y ahora, vuelve a casa y descansa.

El niño se despidió y le prometió que buscaría a aquel discípulo suyo, del que ya se hablaba en los círculos más selectos de Atenas. Aquel día, por primera vez en su vida logró contener las lágrimas.

La bella diosa Nix y su séquito de estrellas llegaron, al fin, y con ellas la amarga copa. Fiel a su promesa, Sócrates apuró el veneno, rodeado de sus amigos y su mujer, Jantipa. Pronto vería el rostro de Caronte.

Sintió que su alma se iba desprendiendo, lentamente, de su piel. En su agonía, susurró al oído de Critón sus últimas y enigmáticas palabras: - Critón, le debemos una gallina a Asclepio. No olvides pagar esta deuda.

Y su puño inerte soltó un arrugado *sudarium* negro.

En su alcoba, Aristóteles, con los párpados cerrados, escuchó el hermoso y lejano canto de un cisne moribundo. Jamás volvió a ver al Minotauro.

«Jerigonza»

Newton

Les gustaban los trabalenguas. Jugaban frecuentemente al ahorcado y a llenar crucigramas infantiles. Jugaron también a aprender a hablar en jerigonza, agregando una "p" después de cada sílaba repitiendo después la vocal, y lo usaban constantemente como forma de poder conversar sin que otros niños los entendieran.

- tupu mepe gusputaspa mupuchopo

- Epesopo yapa lopo sapabipiapa

En la Biblioteca les daba risa el letrero de advertencia escrito en español antiguo. Siendo adolescentes, descubrieron que podían inventarse un idioma solamente para ellos dos cuando leyeron Rayuela de Cortázar. Crearon palabras distintas para sustituir sustantivos, verbos y adjetivos, como los aprendices de cualquier idioma, elaborando las oraciones siempre en infinitivo y en tiempo presente. Después lo complicaron y enriquecieron hasta poder hablarlo de forma fluida. Como es lógico, se hicieron novios. Ella procedía de una familia muy religiosa y quería llegar virgen al matrimonio. Él era más moderno y necesitaba satisfacer sus apetitos y disfrutar del placer sexual sin tener que firmar previamente unos papeles. Ella no tuvo quince pero el patito feo se fue convirtiendo en un hermoso cisne. Se ensancharon sus caderas, se desarrollaron sus senos, y se convirtió en una preciosa muchacha. El también, desde el punto de vista físico mejoró ostensiblemente. Hizo ejercicios y vigorizó su cuerpo con dorsales y bíceps que resaltaban su anatomía, flaco pero nervudo con abdomen liso y, después de una operación de la vista exitosa, pudo prescindir de aquellos feos espejuelos de cristales gordos aunque todavía debía hacer uso de otros más estéticos los cuales le daban un aire intelectual que no le venía nada mal. Sus caricias se hicieron más íntimas, los besos más apasionados y el roce de sus cuerpos los excitaba enormemente. Tenían sexo sin penetración y ella en particular llegaba al éxtasis del placer con un orgasmo colosal cada vez que él le amalaba el noema.

Él no pudo más y le dio un ultimátum: CPKOCCK

Ella le respondió usando igual forma: KCCOKPC pues en ella sus creencias pudieron más que la concupiscencia.

No se entendieron, empezaron las disputas constantes y se pelearon. Era una lástima, decían ambas familias, pues creían que eran la pareja perfecta y ya les habían augurado un matrimonio feliz. Cada uno por su lado estudiaron en universidades diferentes y dejaron de verse. Él, Filólogo e investigador. Ella, Doctora en Filosofía y Letras.

Y sucedió que un día, años después, Él fue invitado a dictar una conferencia motivadora a los estudiantes de la facultad donde ella laboraba para incentivarlos en el estudio de las lenguas romances. Ella no sabía quién iba a ser el encumbrado orador pero se sintió motivada y fue, como uno más, a sentarse entre el público presente en el hemiciclo.

El conferencista empezó su disertación dividiendo el pizarrón en dos y escribiendo en cada parte unas frases en idiomas diferentes pero que nadie conocía ni entendía.

- ¿Alguien puede decirme lo que he escrito?

Silencio sepulcral.

-Ahora permítanme explicarles por qué he empezado de esta forma mi disertación.- les dijo. - Y así estuvo casi una hora hablándoles de las lenguas romances y la importancia de conocerlas y saber traducirlas.

Entonces les propuso un juego.

- Cualquiera de ustedes debe decir, en cualquier idioma, una frase célebre o al menos ingeniosa y otro debe traducirla, pero para hacerlo un poco más difícil, se permite utilizar un idioma una sola vez. Veremos cuantos lo saben hacer y aciertan.

Empezaron un poco rígidos y esquemáticos, con los idiomas más fáciles y frases trilladas utilizando el inglés y el francés

- Crow the Raven, Nevermore. - Graznó el Cuervo, Nunca Más.

Después se fueron embullando y se levantaban cada vez más las manos de quienes querían participar.

- *Kai sú τέκνον. Kai sy, teknon?* en griego. - ¿tú también, hijo mío?

- alea iacta est en latín - la suerte está echada.

Y hasta empezaron a utilizar nombres de películas.

- *Popiół i diament*, - polaco - *Cenizas y diamantes*

- *Shichinin no samurai*, - japonés - *Los siete samuráis*

- *Москва Слезам Не Верю* – ruso - *Moscú no cree en las lágrimas*

Al tiempo a los muchachos ya se les estaba acabando la imaginación y empezó a decaer su participación.

Él se dio cuenta de la situación y utilizó, para su próxima frase, su jergonza infantil expresando en ese idioma una frase jocosa:

- Elpe apamorpo epeterpenopo dupurapa apapropoxipimapadapamenpetepe trespe mepesespe.

Varios estudiantes conocían ese juego y, tímidamente, levantaron la mano para responder pero ella fue más rápida y, según los que estaban sentados cerca de ella, la vieron cómo, sonriente, respondió con voz fuerte y clara pero no traduciendo, sino siguiendo el juego y, utilizando la misma jergonza, dijo otra frase inteligente :

- Topodopo tipiempepopo papasapadopo fuepe anpateperipiorpo.

Y así continuaron una esgrima verbal donde sus espadas eran sus lenguas y se acribillaban en rápidas ráfagas de frases simpáticas en un ambiente en el cual ya no se percibía tensión o espíritu competitivo sino un divertimento sano donde la estaban pasando bien.

Un grupo de alumnos no sabía ese juego ni ese idioma infantil y no entendían ese nuevo giro que había tomado el asunto. Los inteligentes aprendían rápido, los otros se desesperaban pues querían enterarse de lo que estaba pasando y también participar.

El orador, mientras tanto, había escrito una frase que ya él había dicho una vez de niño:

- tupu mepe gusputaspa. Tepe hepe apamapadopo sipiempeprepe. Perpemípitepemepe capasarpamepe conpotipigopo.

Ella se acercó a la pizarra, y escribió también lo suyo:

- Epesopo yapa lopo sapabipiapa. Tepe lopo perpemipitopo peperopo anpatespe quipieperopo pepecarpa conpotipigopo

Se miraron sonrientes y se dieron un beso causando una estridente y ensordecedora gritería

Ya se iban cuando uno de los estudiantes le preguntó cuáles eran los idiomas que había escrito en el pizarrón y que nadie había podido traducir.

- Es fácil. Uno está escrito en idioma klingon de la zaga de Star Trek y el otro en lengua élfica, del Señor de los Anillos.

«Un juego estival»

Gordie Lachance

Desde la terraza, veía la playa, el puerto, las calles atestadas de motos y, más acá, la Casa del Mar. Si miraba más allá, aparecían calas difusas, barcos pesqueros que volvían de faenar y porciones del océano en movimiento.

A causa de una rotura de tibia y peroné, Mari Carmen había dejado temporalmente la lonja y se había convertido en vigía. Soportaba el aburrimiento desde una silla de tijera, divisando la playa, el puerto, las calles atestadas de motos y, más acá, la Casa del Mar. Como atracción, el centro médico destilaba tristeza, ya que casi siempre acababa llegando la ambulancia con bañistas al borde del ahogamiento, jóvenes que se partían la crisma por prescindir del casco y otras víctimas habituales de los vientos del Estrecho.

Cuando llegó a casa, empapado, Lolo tenía preparada su merienda: vaso de leche con cacao y *viena* con chóped de lata. Su madre lo sentó en un taburete y lo acribilló a preguntas. Que dónde había estado. Que con quién había ido. Que por qué había llegado tan tarde.

Entonces, Lolo le relató su juego estival.

Había salido con los amigos después de ver los *Snorkels*. Vivían en los edificios que daban al aparcamiento de la Casa del Mar, rincón convertido en el escenario habitual de su recreo. Sus padres estaban contentos con la sede elegida pues, además de cerca, los tenían vigilados. Pero aquella iba a ser tarde de playa, pues al Niño Culón se le había ocurrido un juego distinto.

Pasaron a recoger a Tamara. En el estudio de la madre (que era pintora), uno a uno fueron maquillándose con ceras: cara, cuello, manos, brazos y pies. Al final, como agotaron las negras, se embadurnaron también con las marrones. Ninguno sabía qué vendría después de aquello, porque el Niño Culón —que era quien proponía los juegos más excitantes— seguía guardando en secreto el de aquel día.

Una vez listos, abandonaron la casa de Tamara. Cruzaron el paseo marítimo hasta llegar a la entrada del puerto, donde viejos contenedores supuraban cartón, astillas y cajones de pescado. De entre las bolsas de mugre, Ahmed y Rafa rescataron una puerta azul celeste a la que el Niño Culón dio el visto

bueno. Y, a pesar de que el calor les hacía sudar a chorros, ninguno de ellos se quitó la camiseta, porque, según avisó el líder de la pandilla, necesitaban conservar la pintura.

Por suerte, no tuvieron que esperar para refrescarse: el Niño Culón ordenó hacer una parada en los bloques de hormigón que separaba la playa del puerto. Los padres les habían advertido que debían evitar el baño frente a aquel tramo, donde el fondo era irregular y en ocasiones jalaba la marea. Pero ellos siguieron a lo suyo, sin remordimientos: hacía una tarde de bandera verde.

Con sus chanclas de mercadillo, los amigos fueron saltando sobre la superficie rugosa de aquellos cubos dispuestos como al azar. Entonces, el Niño Culón se detuvo sobre uno que estaba en pendiente, señalando el peñón que sobresalía a varios metros de la barrera. Era una piedra cubierta de musgo, semejante a las del acantilado que se alzaba al otro lado del puerto, adonde iban a coger cangrejos o camarones.

El juego consistía en encaramarse sobre la puerta recién rescatada con el objetivo de alcanzar el peñón que se levantaba frente a ellos, remando con los brazos y manteniendo el equilibrio. Sin hundirse.

Tras escuchar las instrucciones, Ahmed se echó atrás. Dijo que tenía que volver a casa, pero no explicó la razón. Solo añadió, con el ceño fruncido, que aquel juego era una tontería. Los demás lo miraron con asombro; enmudecidos, ni siquiera intentaron convencerlo de que se quedara.

Las primeras en subir a la puerta fueron Sole y Tamara; como no pesaban mucho, resistieron a flote. En el turno de los chicos, cuando Lolo estaba a punto de estabilizarse sobre la puerta, esta empezó a ceder. Y aún faltaba el Niño Culón, el más rollizo: al abalanzarse sobre la madera, la superficie se fue al fondo, por lo que no tuvieron más remedio que acabar el trayecto a nado. La risa contagiosa hizo que tragaran mucha agua.

De vuelta en la orilla, agarraron la puerta azul y, como a un ídolo, enarbolaron al Niño Culón sobre ella. En el camino hacia la barriada, el Niño Culón hacía como que tiritaba y tosía con fuerza. Al oírlo, la gente se daba la vuelta y esa atención les hacía más gracia todavía. Cuando llegaron a la Casa del Mar, dejaron la puerta a un lado, tocaron al timbre de urgencias y corrieron a esconderse en sus hogares. Esa era otra de sus diversiones favoritas.

Y así fue cómo Lolo relató a su madre el juego de las pateras y los moritos; había descargado tanta adrenalina con sus amigos que acabó en un santiamén con el vaso de leche con cacao y con la *viena* de chóped de lata.

Al cabo de un rato, Mari Carmen volvió a sentarse sobre la silla de tijera en la terraza, esta vez al relente. La media luna había pasado de cáscara de limón a uña de naranja, para acabar sumergida tras la línea del horizonte, al mismo tiempo que se perdía su trémulo reflejo en el mar.

«Serpientes y escaleras»

Cantaridina

Hacíamos casitas. Con almohadones, ramas o piedras. La que teníamos no, queríamos otras. Arriba de un árbol bastaba con dejar algo de valor para que fuera una casa. Dentro del río, alcanzó con rodearnos de piedras erosionadas por la corriente en una especie de dique que proveía un remanso insignificante y nuestro. Éramos cuatro. Ahí, arrugados por la inmersión prolongada, o allá, despeinados por el viento, podían verse tres. Madre perdió al primero. El que vino antes que yo, porque ahora me toca ser el primero. La familia lo perdió, aunque la pérdida se hizo de ella, eso lo entendíamos todos, incluido el más chico que a veces se hacía el loquito. Tenía berrinches impresionantes. Y eso que, como un hilo que nos unía, estaba decretado sin órdenes ni acuerdos: íbamos a ser buenos.

El resto de la familia asumía distintas reacciones ante la ruptura del pacto tácito que hacía el menor. Yo me dedicaba a ignorarlo. El del medio buscaba calmarlo o distraerlo. La caricia ocasional de Madre se pulverizaba en el aire cuando el que todavía tenía cachetes de bebé y la piel suavísima se transformaba en ese monstruito. La caricia para él, la caricia para cualquiera de nosotros. Pagábamos la culpa de no tenerlo a raya, de no conseguir ser buenos. Padre, cuando estaba, lo llamaba por su nombre una sola vez y como no había palabra que aplacara al berreante, abría la canilla del lavabo de nuestro baño, nunca el de ellos. Lo alzaba y le mojaba la cara, a veces la boca abierta del más chico tragaba con gusto a castigo lo que debía ser consuelo. El del medio no entendía lo asqueroso que resultaba ser testigos de esa contención. Con él o conmigo las cosas eran más discretas, algo que ocurría entre el hijo que estuvo en falta y Padre que lo enderezaba o Madre que le infundía una culpa aleccionadora.

El miedo funcionaba con nosotros dos. El miedo a perder el amor, como Madre había perdido al primero. Podían pasar cosas irremediables. El del medio y yo lo sabíamos. El más chico era indolente. El primero estaba lejos de sus pensamientos, claro, el del medio y yo amortiguamos con nuestros nacimientos, necesidades, travesuras y dolores lo que Madre podía hacernos llegar, inexorable como un clima, de aquel que quería desde antes. El angelito, así lo nombró alguna vez, claro que para cuando el más chico entraba en su larga edad del berrinche, Madre ya no llamaba al

angelito delante nuestro, porque nombrar es eso, querer traer hacia uno lo que no viene solo. A ella no iría o no lo suficiente, ella quería más. A nosotros el angelito venía cuando una voluntad que nos excedía lo acarreaaba entre las cosas imprecisas que usábamos para crear lo que no existía: un lugar nuestro sin Madre y sin Padre, un lugar donde la culpa y la ley eran de nuestro dominio, o mejor, del mío, porque siendo el mayor mandaba, aunque siempre me gustó aceptar otras ideas, tuve súbditos ingeniosos. Me rendía, sin embargo, al verdadero mayor que vino a jugar con nosotros y se alojó en nuestras casitas todas las veces. No es que ninguno de los tres lo viéramos, pero estaba ahí, en la alegría que se nos mezclaba con el hartazgo de ser siempre los mismos.

En el árbol del baldío cerca del chalet de veraneo habíamos dejado el tesoro provisorio que convertía a un vegetal en casita nuestra. La abuela se fracturó a doscientos kilómetros de distancia y tuvimos que volver de apuro, dejando el tesoro en su escondite para siempre. Envuelto en la misma bolsa gruesa en que la tía Asunta nos lo regaló, caja, tablero, dado y fichas, entero quedó en el hueco entre las ramas que formaban una horqueta, arriba del árbol: “Serpientes y Escaleras” se llamaba. Una sola vez llegamos a jugar. Sacudíamos el dado con cuidado haciendo un cuenco entre las dos manos cerradas y lo tirábamos suavemente sobre el tablero extendido en la pequeña planicie que el árbol ofrecía entre sus ramas más gruesas. Los dos que no tiraban ponían manos y brazos alrededor del tablero para evitar la caída del dado. Había que llegar, ascendiendo por el tablero, del cero al cien. El dado marcaba, como el destino marcaría, que yo subiera y que el del medio cayera. El angelito era el viento que nos refrescaba en la tarde pegajosa. El menor estaba, como estaría, entre subir y bajar. Porque de eso se trata el juego, si al avanzar cuantos casilleros como números muestra el dado, el jugador cae en uno donde empieza una escalera, sube por ella hasta su último escalón. En cambio, si cae en un casillero donde está la cabeza de una serpiente, desciende hasta donde termina su cola.

Mencioné la anécdota del juego en el árbol durante un almuerzo familiar de domingo, tratando de interesar tanto a mis hijos como al del medio, ese tío raro que les impuse por unas horas y decidí, luego, erradicar de mi casa por lo menos hasta que los chicos sean mayores de edad. Su aporte sobre el juego fue el único comentario que hizo sin incomodar a nadie. El del medio me dijo que nosotros jugábamos con una dificultad mayor que, no sé por qué imprecisión del manual de instrucciones, decidimos imponernos. El descenso ocurría no sólo al caer sobre la cabeza, sino sobre cualquier parte

de una serpiente. Por las escaleras subíamos siempre que cayéramos sobre el primer escalón, suerte que me tocó seguido y aseguró mi triunfo aquel día. El más chico no se acuerda del juego.

A mis hijos nunca les hablé del primero, su tío que es un angelito. A lo mejor lo haga en un par de años cuando a la nena le pidan en la escuela hacer el árbol genealógico que el nene hizo ayer.

«Banana»

Adelo Evangelio

Tal vez tuve la suerte de emigrar para una isla. Imagino que, al ser isleño de nacimiento y de toda una vida, el impacto de mi trasplante hubiera sido mayor de haberme instalado en un país como Bolivia, o como Paraguay, sin salida al mar. Sin embargo, en estos países no habría tenido la dificultad afectiva que acarrea el tener que hablar una lengua que no es la mía. Digo esto porque, aunque he formado una pequeña familia en mi país de adopción, no hablo su lengua materna, que es su señal de identidad por excelencia. El gran Nelson Mandela dijo que "Si hablas a un hombre en una lengua que entiende, el mensaje llega a su cabeza. Si le hablas en su lengua, le llega al corazón". Muchas veces lamento no poder hablarle a mi hija al corazón, pero confío en que la carga de ternura y de enseñanza con que le hablo compense mi incapacidad de hablar su idioma.

Y aquí estoy en esta isla, hace ya más de trece años, cargando con este mal crónico de los insulares, que combato de disímiles maneras: oyendo la música de mi país, viendo sus filmes y padeciendo lo que mi pueblo sufre, hablando con mis amigos y con mi hijo, también emigrante, y viajando al pasado. La banana, esa deliciosa fruta que se da a tutiplén en las islas, también me ha hecho viajar al ayer. Allí se juega al escondite, aquí se juega banana. Allí decimos "Frío. Caliente". Aquí dicen: "Verde. Madura".

Corría el pasado mes de julio. Julio es el mes más adorado por los pequeños, conjuntamente con agosto, pero también es la época más añorada por mis dos facetas: la de rapaz y la de adulto.

Estaba un poco aburrido en casa y la bulla de los chicos afuera me hizo asomarme. Mi tedio desapareció al instante. Al ver que estaban jugando al escondite, me senté a observarlos y a divertirme.

_ Hiciste trampa. Te separaste de la pared y miraste antes de que nos escondiéramos.

_ Eso es mentira. Yo sé dónde ustedes se esconden, porque hemos jugado muchas veces.

_ Eres tú quien está diciendo mentira. Te vi cuando mirabas para atrás. Y es la primera vez que el niño de Praia, Alisson, juega con nosotros. No lo conocíamos.

Los que discutían eran un varón y una hembra, ambos de unos once años, los mayores de los diez chicos que jugaban banana.

Bueno, decidieron que el niño debía volver a quedarse y hacerlo sin trampas. Los otros nueve comenzaron a alejarse en busca de escondite.

_ Banana.

_ Verde.

_ Banana.

_ Madura.

La personita a la que le tocaba quedarse tenía que decir en voz alta: _ Banana. Los que corrían a esconderse le respondían: _ Verde. Y al grito de “Madura”, quien se quedaba podía salir a buscar a los agazapados. Al descubrirlos, corrían hacia la pared y quien primero tocaba esta, ganaba. En esto era igual al escondite que yo tantas veces jugué.

Un chico, muy avisado, por cierto, se acostó en silencio en el suelo, justo atrás del que estaba recostado de la pared. Cuando este se despegó y se dio la vuelta para salir a buscar a los otros, tropezó con el que estaba horizontalmente y cayó. El ingenioso, aprovechando la caída del otro, se apresuró a ponerse de pie y tocar la pared. Eso provocó una discusión entre ellos, pero los adultos que observábamos nos reímos y aplaudimos, por lo que ellos también se echaron a reír.

Algo parecido hizo la niña grande la próxima vez. Se quedó de pie detrás del muchacho y, cuando este se viró, ella, rauda y veloz, tocó la pared antes que él. Esto también provocó la risa de los espectadores adultos.

La primera vez que a Alisson le tocó salir a esconderse, cuando estuvo listo, dijo: _ Gossím.

Tenía unos seis años y parecía ser un neófito en el juego. Había venido a Mindelo, la ciudad donde vivo, a pasar las vacaciones con sus padres.

La niña grande le dijo: _ No digas eso. Le explicó lo que debía decir, luego de lo cual le preguntó qué significaba esa palabra. Empero, él ya había salido disparado al tiempo que decía: _ Verde. Madura.

Cuando regresaron al punto de origen, la chica, inteligente e inquieta, me preguntó, pues yo era el adulto que más cerca estaba: _ Sr, ¿usted sabe lo que significa gossím?

Por supuesto que yo no sabía. Entonces le preguntó a una señora, que le sirvió de truchimana. Le dijo que “gossím” era la palabra que usaban en el criollo capitalino, de Praia, en lugar de “grinhamssím”, es decir “ahora”.

El chico capitalino fue el próximo en quedarse. Acababan de explicarle bien las reglas, así que no debería de tener problemas.

Los otros niños comenzaron a buscar sus escondites y comenzó el griterío.

_ Banana...

No obstante, en pleno vocerío, se apareció un personaje habitual en el barrio, pero desconocido para Alisson. El señor pregonaba a todo pulmón: _ Banana.

Alisson, desconcertado, salió de su escondite y fue al encuentro del vendedor ambulante, quien le preguntó:

_ Banana madura, ¿verdad?

Alisson, aún perplejo, pensó durante unos segundos. Se encogió de hombros, con timidez, y le dijo: _ No sé. ¿Madura?

El vendedor se encorvó para tomar una banana y dársela, pero, al levantar la cabeza, vio a Alisson corriendo hacia la pared. Comprendió entonces que el chico pensó que él también estaba jugando.

Ahí mismo terminó el juego. Todos los chicos y adultos rieron a carcajadas. Hasta el vendedor rio de buena gana y regaló una banana a cada niño.

Mientras reía, pensé que, por mucho que este juego se pareciera al escondite que tanto jugué en mi infancia, en el “platanar de Bartolo” de mi verde caimán, entre bananas verdes y maduras, jamás habría habido tal nivel de confusión lingüística. Le hice una seña al marchante y le dije: _ Una banana. Bien madura.

«Rayuela de elementos»

Anele

Primer paso: Abre los ojos por primera vez trayendo luz al mundo. Percibe cómo vibra tu corazón. Experimenta los sabores de los alimentos mientras juegas con tus manos. Ríe al escuchar el cantar de los pájaros o balancéate en la tela de una araña. Deja hacer a fuego lento, sin prisas. Poco a poco ve añadiendo más colores y más números para aprender a ser independiente. Construye y crea mundos imaginarios; siente la magia a tu alrededor. Explora el campo, el mar, los animales... Todo aquello que sea desconocido, ve a conocerlo. Canta y baila a tu antojo compartiendo tu inocencia. Así estarás preparado para el siguiente capítulo.

Segundo paso: Juventud, divino tesoro. Siente cada experiencia y saborea la vida. Aquí puedes añadir sal al gusto. Camina con pies de arena y búscate a ti mismo. Prueba nuevos desafíos, llora si lo necesitas. Vuela en un globo aerostático y aprecia el viento. Déjate acariciar por los vaivenes de la vida. Salta y vuelve a caer. Suma, resta y multiplica. Quiere y quíérete. Prepárate con las mejores herramientas y adereza tu rayuela de elementos. Mezcla todo bien pero sin perder tu esencia individual. Evádate de la realidad, piérdete por los caminos. Da otro salto.

Tercer paso: La vida es juguetona y hay veces en las que no se puede elegir qué elementos se suman a tu rayuela. Aquí entra la pimienta con sus múltiples propiedades. Piensa que te da poder y fuerza. Sigue corriendo y ayudando. La tiza y las casillas de tu infancia siguen en tu interior. Recuerda los saltos que ya has dado y los que te quedan aún por dar. La rayuela sigue avanzando y se sigue completando. Cruza puentes e intercambia opiniones porque todos estamos conectados. Ve más allá de tu punto de vista. Ahonda en tu ser y valora los cambios. Aprende las nuevas recetas que te brinda la vida y reserva una cata de alimentos. Sigue cocinando a fuego lento. Cuida y cuídate.

Último paso: Este posiblemente sea el momento más importante. Una vez disfrutado el proceso, toca deleitarnos con el resultado. Amasa bien todos tus elementos y crea algo nuevo con

ellos porque transformarse forma parte de esta receta y es inevitable. Recomiendo usar una balanza para sopesar las palabras. También dejar enfriar las hostilidades y centrarse en respirar. Asimismo, batir todos los argumentos conocidos hasta ahora y abrir la mente a otras posibilidades. Ahora toca derretirse en el mar o en el campo y jugar con uno mismo. Sigue cantando y riendo. Te encantará probar este exquisito manjar. Apaga el fuego y procede a degustar satisfecho todas las casillas de tu rayuela.

«Domesticar a las aves»

Colorino

A los ocho años empecé a mentir. No es que encontrara gusto a las mentiras en sí; de hecho, eran inocuas e intrascendentes, meras verdades a medias. Mi objetivo era que me creciera la nariz: una enorme nariz de madera, que, cuando hubiera alcanzado los quince o veinte centímetros, untaría con liga para cazar a los simpáticos pajarillos que revoloteaban por nuestro huerto en primavera. El procedimiento de base me lo había enseñado mi tío: llevabas un colorín en una jaula, la cual habías equipado previamente con unos palos de madera que sobresalían en el exterior; cuando comenzaba el canturreo, otros jilgueros venían a visitar a su congénere y... ¡zas!, quedaban presos de patas en la liga. Mis compañeros de escuela utilizaban otros métodos: lanzaban piedras a los pájaros con tirachinas o, aún peor, los apuntaban con la escopeta. Pero a mí nunca me ha gustado el empleo de la fuerza bruta; prefiero la persuasión, la sutileza. Bueno, a lo que iba, después de mucho esperar, no me creció la nariz, pero acabé concluyendo que era mejor así, porque no había ningún cambio físico que delatara mis (por entonces) banales triquiñuelas. Y siempre podía seguir recurriendo a la técnica de mi tío.

El bozo ya me asomaba en el labio cuando encontré otro juego más sofisticado y que requería de mayores conocimientos. Le pregunté a mi padre si podía vaciar la caseta de madera que teníamos en la finca y, puesto que en realidad solo se usaba como depósito de cosas inútiles, accedió sin reparos. Allí construí un precioso palomar con numerosos cubículos que ansiaba llenar de palomas mensajeras. No me costó demasiado esfuerzo, ducho como era en el arte de la cría y del reclamo, y además me seguía instruyendo con dos libros de colombofilia que me había traído mi tío de un viaje. Me gustaba teñir a las palomas de diferentes colores y verlas formar abigarrados escuadrones en el cielo, pero lo que más me maravillaba de todo era la dependencia que tenían de mí: podrían haber aprovechado las salidas para volar lejos, para escaparse, pero, salvo raras excepciones, siempre regresaban al recogimiento del nido.

En aquella época, mi madre ya daba muestras de preocupación por mi futuro. Con todo, mi afición por las palomas le parecía menos peligrosa que mi ferviente inclinación por la lectura y la

escritura. Sospechaba que quería ser poeta. Yo tiraba de ironía y le respondía con una paronomasia: “Madre, no quiero ser poeta, sino profeta”.

—¿Señor Ministro de Propaganda? —pronunció con voz apocada una señorita cuyo rápido taconeó revelaba cierto nerviosismo.

—¿Sí? —él levantó la cabeza, con los ojos vidriosos como si volviera de un columbario.

—El desfile aéreo acaba de comenzar.

Y por la ventana vio como sus majestuosos pájaros de metal rociaban el cielo con los colores de la bandera patria.

«Espejismos del ayer»

Sylphrena

Mi padre tenía una caja de canicas. Tenía muchas otras cosas, claro está, pero ninguna otra tan destacable como su caja de canicas. Hoy día, podría describirla como el tipo de objeto que evoca nostalgia con solo mirarlo. La caja, que en realidad no había sido fabricada con el fin de custodiar canicas (en otro tiempo había sido el envase de unos chocolates), era azul y de aluminio, y tenía un bonito dibujo ya desgastado de dos niños que se deslizaban en trineo. Estaba desgastada, oxidada y vieja. Las canicas, por el contrario, se habían mantenido completamente nuevas, no había una sola ralladura sobre su cristalina superficie. Y es que tenían la particularidad de que nunca se había jugado con ellas.

Viendo cómo mi padre las cuidaba, uno podría pensar que se trataba del más valioso tesoro. Al fin y al cabo, eso es lo que eran para él. Mis abuelos, durante los lóbregos años de la Posguerra Española, hicieron como muchas otras familias en aquella época: se embarcaron en la devastadora experiencia del migrante. Partieron en busca de una nueva vida para sus hijos y para ellos, y la hallaron en los bellos Alpes franceses, en un pueblecito fronterizo con Suiza llamado Cluses.

Mi padre, que apenas tenía tres años entonces, vivió su infancia en Cluses, y se quedó completamente prendado de todo cuanto lo rodeaba allí. Su vida quedó partida para siempre cuando llegó a la adolescencia, pues de un día para otro mis abuelos decidieron que había llegado el momento de regresar a España. Según me contó, los amigos que habían crecido con él compraron aquellas seis canicas para entregárselas como regalo de despedida: una por cada uno de los compañeros de juego que dejaba atrás. Es curioso cómo las personas nos aferramos a elementos tan simples y les otorgamos el poder de devolvernos una ínfima parte de algo que hemos perdido para siempre. Para él, esas seis canicas eran el símbolo reminiscente de todo lo que se le arrebató.

Parecía creer que aquellos recuerdos, hermosos y cada vez más distantes, estaban guardados en la caja junto a las canicas. Temía que, si esta permanecía abierta demasiado tiempo o si las canicas se toqueteaban en exceso, todos sus recuerdos de Cluses escaparían y lo abandonarían. Al menos es la explicación que yo atribuí al hecho de que jamás me permitiese jugar con las canicas.

Sí que me otorgó, en cambio, algo infinitamente mejor: historias. Mi padre contemplaba aquellas pequeñas esferas y, de algún modo, en sus reflejos azulados se reencontraba con su niñez. Y, como si hallase un nuevo recuerdo cada vez que las miraba, me los iba relatando a mí. Me hablaba de sus amigos, del patio destartado de su colegio, del gato que lo esperaba cuando volvía de clase, del parque en el que jugaba a ser un detective, del sabor que la vida tenía allí.

Yo me sentaba frente a él, ávida de regresar al imaginario que mi mente había creado de ese mundo que me describía, y fingía comprenderlo todo. Entendía, por supuesto, sus narraciones anecdóticas, pero a menudo captaba ciertos gestos y emociones en él que yo tardaría años en poder interpretar. Como la forma en que su mirada parecía perderse y entristecerse, la sutileza con que acariciaba las canicas o cómo su voz se agravaba en el momento en que el hechizo se rompía y él era apartado de su atesorada memoria y devuelto a la realidad.

Hace años que mi padre falleció, y con él se marcharon los cuentos de su infancia alpina. Las canicas, no obstante, siguen conmigo. No han sufrido más desgaste que el roce cariñoso de los dedos de mi padre y, ocasionalmente, el de los míos, lo cual supone un irónico contraste con los recuerdos que mi padre creía encerrados en ellas, pues el paso del tiempo, inexorable como tiende a ser, los fue diluyendo y desdibujando de su memoria cada vez más.

Llegará el día en que mis propios hijos hablen de la caja de canicas de su madre. Contarán que nunca les permito jugar con ellas por los valiosos recuerdos que representan para mí. No obstante, cuando yo las miro, no es un pueblecito francés lo que veo: en su lugar, me transportan a esos momentos que mi padre y yo compartimos, cuando ambos nos refugiábamos en sus recuerdos.

Espero que, allí donde esté, sea un lugar parecido a aquel rincón de los Alpes que tanto añoré en vida, en el que pueda jugar con sus canicas sin temer dañar los recuerdos que estas protegen, y sin que estos recuerdos lo dañen a él.

«El escondite»

Miel

Cierre los ojos. Cuente uno...dos...tres...

El juego es un experimento, lo sé.

...dieciocho, diecinueve, ¡veinte!

Jugué, en ese momento, como un niño. Me escondí dentro de un beso, de un teléfono, de un pulmón, de un conejo, del propio pseudónimo y de un higo.

—¡No te encuentro!— se escuchó, con furioso mohín, en medio del texto.

Yo sé cómo es esto de los juegos: esconderse todo el tiempo posible e, inmóvil, resistir el silencio.

Fue, con este propósito, que me volví territorio, cielo y niñez, en medio del eterno rito. No quise emitir ningún sonido ni moverme del higo, en donde, escondido, rogué por mi suerte.

Decidí, después, esconderme entre los verbos y entre los muros de pronombres que, inertes, me dirigieron un murmullo con expresiones de dolor.

—Seis noches hemos persistido quietos— me dijeron—escondidos entre los bosques de los signos y de los puntos suspensivos que, muy corteses, nos ofrecieron refugio.

—Lo siento—respondí, tembloroso—. Yo prefiero moverme.

—¿Quieres ser el vencedor?—me inquirieron, reconociendo lo competitivo que soy.

Y es cierto, soy competitivo: no quiero perder, sobre todo en un contexto como este.

Quise, momentos después, esconderme en el obliquo del mundo, en el conjuro del hechicero que, estridente, gritó mi nombre y me nombró ¡No! Estuve por perder.

Moviéndome, prudentemente, terminé dentro del sol, de un río, del mismo dios y de un reloj.

—Es imposible que me encuentren—reconocí.

Resolví, luego de un sinnúmero de reflexiones, esconderme en este cuento y lo consideré conveniente.

En él, sentí imposible mi descubrimiento.

Tuve miedo, sí, pero eso no perturbó mis intenciones.

Los otros, temerosos, fueron descubriéndose: Ele y Efe fueron los primeros que, gruñendo, se permitieron ver entre preposiciones y sujetos.

Ge, Ese, O, Ene y Te desistieron en el último minuto, dormidos entre los conceptos y los términos poéticos.

Ninguno pudo verme. Ese sentimiento de triunfo fue indiscutible, severo y chistoso. Viendo mi mérito seguro, quise esconderme entre los lectores, en ese universo de desilusiones y de sueños.

Quise convertirme en ese deseo que, en medio del desconcierto, entonó mi nombre silencioso.

¿No me viste? ¿No me sentiste entre el murmullo? Me escondí bien, creo.

Listo. Terminó el juego.

Libré por todos.

«Empate»

Chupe

Paco, Inés y Perico estaban haciendo una olimpiada en la playa. Ese verano se celebraban los Juegos Olímpicos y los niños estaban muy emocionados por organizar sus propias pruebas deportivas. Sus Olimpiadas consistían en tres pruebas diferentes.

La primera era el lanzamiento de chanclas. Tenían que estar seguros que no pasara nadie en el momento de la tirada.

- Tres, dos, uno... ¡ahora! - avisó Inés a Paco.

Entonces, el niño dio una patada al aire con todas sus fuerzas desde la rampa de bajada y su sandalia salió volando, describiendo una bonita pirueta.

- ¡Mirad qué lejos ha ido! - dijo Paco.

- Y has hecho un giro muy difícil - afirmó Perico.

- La pena es que haya caído boca abajo, eso te quitará un punto - recordó Inés.

- ¿Qué nota me dais? - quiso saber el lanzador.

Inés y Perico se apartaron para deliberar. Había que tener en cuenta la distancia recorrida, la altitud y la belleza del lanzamiento.

- Un 9. Has ganado esta prueba, ¡felicidades Paco!

La siguiente competición era el salto a la muralla de arena. Entre los tres niños edificaron un enorme muro y los concursantes tenían que saltarlo sin tocarlo. Paco y Perico rozaron el muro y fueron descalificados, pero Inés pasó fácilmente. ¡Muy bien, Inés!

Por último, se trataba de hacer el castillo más alto y más bonito posible en diez minutos. Perico puso la alarma de su reloj y los tres amigos empezaron a construir. Montones y montones de arena iban tomando forma de torres y puentes levadizos.

Cuando sonó el pitido que indicaba el final de la prueba, los niños pusieron las manos arriba. El castillo de Inés y el de Paco eran bonitos, pero el de Perico era increíble: tenía almenas decoradas con conchas, ventanas, puente, foso con agua del mar, ¡hasta había hecho una banderita con un trozo de tela y un palo!

- ¡El tuyo es el mejor, Perico! - dijeron sus amigos -. Cada uno de nosotros ha ganado una prueba.
¡Estamos empatados! ¡Los tres somos los ganadores de esta olimpiada veraniega! ¡Estos sí que han
sido unos Juegos Olímpicos verdaderamente divertidos!

«¿Quieres jugar al escondite?»

Bichobola

Los adultos siempre decimos que los juegos son cosas de niños, pienso mientras veo a mi hija esperar pacientemente a que uno de los tres columpios del pequeño parque de nuestra urbanización quede libre. No obstante, me basta con echar una mirada a mi alrededor para darme cuenta de que, una vez más, estamos equivocados.

En los parques siempre hay dos tipos de personas: las que juegan y las que se esconden. Delante de mí, Martita, la hija pequeña de mi vecina del quinto, juega. Luna, su madre, sentada a mi derecha, se esconde. No, no está jugando al escondite o, por lo menos, no al que todos conocemos. Luna, al igual que yo y, siento tener que decírtelo, al igual que tú, tiene miedo. No sé de qué. Puede que no sea miedo eso que siente, quizás sea vergüenza, inseguridad, ira, tristeza o, incluso, alegría en exceso. Lo que sí sé es que, sea cual sea el sentimiento que la inunda, es lo que le está haciendo participar en este gran escondite de los adultos.

Las reglas son simples: corre, escóndete y que no te pillen. ¿Quién? —os estaréis preguntando—, ¿quién me va a pillar? «¿El hombre del saco? No tengo edad para estos juegos», me contestó una vez mi compañera de trabajo cuando le expuse mi teoría. No, Sofía, no es el hombre del saco. Creo que ni siquiera hay alguien de quien esconderse. El problema es que no lo sabemos y es justo eso lo que hace que este juego sea tan difícil. Cuando tú juegas al escondite, sabes quién te está buscando y sabes de quien debes huir en caso de que te vea, pero, en esta no tan inofensiva versión, no sabes qué cara tiene la vida.

Veo a Paco correr junto a Thor, su perro, por la acera de enfrente. Se podría decir que este exbombero retirado tiene una buena vida: entrena cada mañana, su piso tiene las vistas más increíbles de todo el edificio, se va de vacaciones tres veces al año y, aunque su mujer lo dejó hace unos años, hoy en día mantiene una preciosa relación con Chari, una majísima diseñadora que encontró en este pequeño pueblo la calma y la paz que estaba buscando tras viajar por todo el mundo vistiendo a grandes actrices. Probablemente no sea la vida perfecta, pero de ahí a esconderse... Pues sí, se esconde. Esconde las cicatrices de sus brazos y las quemaduras de sus piernas. Se esconde de su

pasado, de lo que un día le dio de comer y que hoy no le deja dormir por las noches. Los adultos escondemos nuestro miedo. Pensamos que, si nos lo guardamos para nosotros, no es real o, por lo menos, no lo es tanto. Así, limitamos nuestro sufrimiento a las conversaciones con nuestro diario o nuestra almohada, sin saber que las palabras que no se dicen, las que borramos, son tan parte de nuestros textos como las que finalmente sí se quedan.

Textos es lo que le gustaría crear a Luz, esa inteligentísima joven que estudia Medicina en la universidad más prestigiosa del país y que solo vuelve a casa unas semanas en verano para visitar a sus padres. Tras esa brillante carrera y, sin duda, excepcional futuro, se esconde una larga vida de lamentaciones por el sueño perdido. No es que fuera su vocación ni aquello que respondía cuando con cinco años los adultos empiezan a preguntarte qué quieres ser de mayor. Fueron Góngora y Lope de Vega los que le hicieron darse cuenta de que, quizás, escribir era su sueño. Pero, ¿cómo iba una chica tan estudiosa, tan buena en todo, a tirar su vida por la borda y empezar a escribir? No lo hizo. Luz, como muchos otros, lo que esconde es vergüenza, vergüenza de no alcanzar las expectativas que la sociedad impone. Así que, mientras les cuenta a sus amigas en el bar de Jaime lo bien que le va todo, omite el vacío que siente cuando se imagina siendo esa gran doctora que todo el mundo espera que sea. Ni descubrir la cura del cáncer haría que Luz amase esa bata blanca que no siente suya y que le ha sido impuesta.

Espera. No te equivoques, que no todo es malo. Mario, el profesor de Francés de mi hija, acaba de ganarle la batalla a esa enfermedad. «Un milagro», dirán algunos. «Un avance más de la ciencia», pensarán otros. La cuestión es que este hombre de 30 años, en la flor de la vida, debería estar lleno de júbilo, saltar de emoción, resplandecer de felicidad y no vagar como alma en pena por entre los puestos del mercado de artesanía local. Mario, aunque no lo diga, se siente culpable. Piensa que, quizás, haberse salvado es el mayor castigo que la vida le podría haber impuesto. Recuerda a todas aquellas personas en el hospital, rostros sin nombre que no lo lograron y compañeros que aún siguen luchando, y piensa en cómo podría atreverse a mostrar su alegría si hay tantos que lo siguen pasando mal. Mario, el mártir, esconde su felicidad para que nadie sufra y para que nadie, movido por la envidia, le haga sufrir a él.

¿Sigues pensando que tú no juegas al escondite? ¿De verdad? Entre todo aquello que no dices, que no haces e, incluso, que no te permites pensar eres un extraño hasta para ti mismo. A veces

creo que deberíamos retomar costumbres del pasado, aquellas que un día alguien supuso que ya no serían necesarias, e incorporar a nuestro día a día un acompañante romano que nos susurre al oído *memento mori*. Así, al menos, nos lo pensaríamos dos veces antes de escondernos.

Lidia corre hacia mí, sonrío, no le importa que le falten dos dientes o parecer demasiado ansiosa por eso que viene a contarme. Yo también sonrío y espero que, la próxima vez que te ofrezcan jugar al escondite, procures que sea al correcto.

«La cajita mágica»

Ali Rey

Me siento bien aquí, como si fuera una muñeca que vive en una cajita mágica. Puedo crear mil mundos diferentes y ser una princesa, un hada, una flor, un delfín, una sirena o lo que yo quiera. Solo necesito cerrar los ojos e imaginar. El armario es un buen escondite. Ya llevo mucho tiempo aquí. Saqué todos los zapatos, puse cobijas y una almohada en el piso. Me traje una linterna y decoré con cuentos, dibujos que yo misma hice y juguetes. Se ve muy bonito. Me había quedado dormida, pero Blanca me despertó. Ya van varias veces que entra a mi recámara, toca la puerta del armario y me dice que solo viene a dejarme comida y agua y enseguida se va. Como rápido y me vuelvo a encerrar. No quiero verla. Me mira como si le diera pena y eso no me gusta. Me voy a quedar aquí hasta que papá venga a buscarme. Es su turno, la última vez yo lo encontré en el baño. Se portaba muy extraño. Creo que se estaba volviendo loco. Respiraba muy feo y hacía ruidos, como si fuera un animal. Le temblaban las manos cuando me tocaba, se movía muy raro y parecía que se le iban a salir los ojos. Era como si se hubiera convertido en un monstruo. Me asusté mucho y grité. Mamá entró corriendo, agarró a papá, llamó a Blanca y le dijo que me sacara de ahí. Después llegaron unos señores para llevarse a papá. Mamá se fue con ellos. Tengo que esperar a que él descubra dónde estoy. No quiero romper las reglas, pero ya no sé si quiero seguir jugando a las escondidas. Tengo miedo. Prefiero quedarme a vivir en el armario para siempre, es divertido. Aquí estoy contenta.

Oigo pasos. Alguien corre la puerta del armario. Creo que papá ya me encontró. No, es mamá.

–Mira esta cajita –me dice mientras sus ojos se llenan de agua. –Está bonita, ¿verdad? Ahora tu papá está aquí, pero nos sigue cuidando desde el cielo. Donde él está todo es lindo. Allá es muy feliz.

Por eso papá no me buscaba, porque él también estaba escondido en su propia cajita mágica.

«Tris, tras»

Ujo Kirjailija

En cuanto se apeó del tren y pisó su ciudad natal por primera vez en veinte años, sintió un revoltijo en la barriga. Demasiados recuerdos. Tuvo claro el primer sitio que quería visitar: el último lugar en el que recordaba haber sido feliz, incluso antes de acudir al tanatorio, como retrasando el momento de plantarse ante ella para confesarla que no la guardaba rencor, que solo había sido una víctima de su tiempo, del miedo, de las circunstancias, de la vergüenza, de «el qué dirán». No sabía muy bien en qué momento había cambiado todo, en qué momento su vida se había roto para siempre, pero en cuanto llegó a su destino, todos aquellos pensamientos se desvanecieron y de inmediato recordó los días de intensa felicidad.

Aparentemente todo estaba igual: la fachada verde y blanca, el muro de ladrillo visto con la enorme verja negra que bordeaba toda la manzana... Pero al acercarse, se dio cuenta de que había cosas que sí habían cambiado. Ya nada quedaba del inmenso patio de arena en el que solía destrozarse los tacones de los zapatos escarbando para llegar a la arena húmeda, ni de los columpios de neumáticos por los que de muy niña se colaba, ni de los toboganes de hierro con pintura desconchada; tampoco habían respetado el cohete o el puente, donde solía colgarse con las piernas enganchadas cabeza abajo. En su lugar, habían instalado el típico suelo de caucho con dos tristes toboganes de plástico y tres balancines de muelle; mucho más higiénico, de eso no cabía duda. El patio de cemento en el que se había desollado más de una vez las rodillas jugando al matado, el cogido, tulipán o liebre había sido sustituido por una inmensa cancha de baloncesto con muchas más canastas que entonces y con las cestas que las de su época jamás llegaron a tener. Con la vegetación tampoco habían tenido piedad. Solo quedaban los cuatro fragantes pinos, pero habían talado los arbustos, la arizónica y el sauce llorón, a la sombra del cual, había pasado muchos días alegres jugando con sus compañeras. De pronto resonó en su cabeza aquella canción popular: *A la zapatilla por detrás, tris, tras. Ni la ves, ni la verás, tris, tras. Mirad para arriba, que caen judías. Mirad para abajo, que caen garbanzos. ¡A dormir, a dormir, que vienen los Reyes Magos!* Enseguida se visualizó allí sentada en corro con los ojos cerrados, junto a las niñas de su clase, cuyos nombres y apellidos recordaba perfectamente y podía

recitar la lista de clase en orden alfabético de carrerilla. Recordaba aquella sensación de nerviosismo por si la que la ligaba te colocaba la zapatilla a la espalda y te tocaba salir a la carrera para intentar darle con ella. En aquel momento, le invadió un sentimiento de nostalgia, bajo aquel sauce llorón era también donde su madre la esperaba siempre con una sonrisa. Después de fundirse en un abrazo, le entregaba la merienda envuelta en papel de aluminio: un bocadillo de chorizo, jamón york o salchichón, o una pieza de fruta. Y mientras su madre charlaba con otras madres, ella se dedicaba a jugar con sus amigas sin preocupaciones. Lo único que le importaba en aquellos años era que el juego nunca acabase, como retrasando el momento de volver a casa.

De repente sonó el timbre, y los dos portones a cada extremo del patio se abrieron automáticamente, la monja encargada ya no tenía que ir de punta a punta para abrir las dos puertas. Estaba claro que había cosas que habían mejorado. Lentamente los padres recorrieron el pasillo de acceso y filas de niños enganchados por el babi salieron detrás de sus profesoras. Pudo comprobar que el uniforme apenas había cambiado, aunque sí el chándal.

Se fijó en una madre y una niña en concreto, se parecían mucho a ellas. ¿Habría recordado su madre aquellos días felices con ella en algún momento? ¿Se habría ido enfadada con ella por haberla dejado sola cuando más la necesitaba? ¿Habría recordado siquiera en sus últimos días que tenía una hija? Nunca lo sabría. Estaba claro que mientras viviese se atormentaría con esas preguntas todos y cada uno de sus días por no haber tenido una conversación a tiempo con ella, por el miedo a remover todos esos años de terror cuando ya creía haberlo superado todo. Pero ahora que ya no había vuelta atrás, que ya no podía curar la herida abierta con su madre, volvió a invadirle ese sentimiento de tristeza extrema.

Ya estaba cayendo la tarde, así que decidió encaminarse hacia el tanatorio, aún le quedaba una buena caminata y quería atravesar con paso lento su antiguo barrio. Le pareció un barrio completamente distinto a lo que recordaba. No quedaba en pie ningún negocio de aquella época. Los parques, el mobiliario urbano, incluso las farolas se habían modernizado.

Ya casi anocheciendo llegó a su destino final. Esperaba que no hubiese mucha gente para poder velarla sola, sin miradas inquisitorias ni reproches. No sabía si su madre habría tenido demasiadas amistades en sus últimos días, pero seguro que ya no quedaba ninguna de aquella época. Sus amigas fueron desaparecieron, las vecinas ya serían demasiado mayores y familia no le quedaba.

Efectivamente la sala estaba vacía. Sintió un gran alivio, pero a la vez tristeza al verla allí tan sola. No se merecía esa despedida. Ella había sido una buena mujer que solo había tenido la mala suerte de elegir a la persona equivocada en su vida y haber tenido una hija egoísta que huyó sin mirar atrás dejándola sola junto a un maltratador que la fue aislando del mundo.

«Lotería y carne asada»

Solsky

Las piedrecillas de color aguamarina estaban regadas en pequeños montones brillantes entre los participantes. Cada quien, mantenía con celo un puñado exacto para la ocasión, y justo al lado, una moneda de peso mexicano para iniciar con las apuestas. Todos, niños, jóvenes, adultos y viejos se sentaban frente a una alargada mesa de madera, con mantel en colores fucsia, azul y amarillo, cobijada con un plástico protector transparente. La abuela siempre era precavida y gustaba de evitar accidentes de cualquier tipo en su antigua casa, la misma que ahora era de su hermana, y en la que creció su hijo mayor, rodeado de sus tíos y una tía tan amorosa que lo asfixiaba a más no poder. Recuerdan su primer pastel de cumpleaños, su amor por los dinosaurios y sus cabellos caramelos que se mantenían en churro desde bebé. La diferencia era que el retrato del hombre que ahora veían de frente, sentado en la esquina cerca del refrigerador, era ahora la de un hombre moreno claro, con bigote largo, poca ceja y completo cabello azabache. Reía. Había bebido una botella de tequila y su rostro se figuraba extraño al entrecejo habitual. Las fichas de intercambio, de repente, se desparramaron por todos lados cuando una niña pequeña levantó su mano, ansiosa por anunciar a los mayores su carta ganadora. Batía las manitas alegremente, y para los demás, había sido objeto de caras estupefactas. La madre de ella, con orgullo, se levantó. Siendo la mediadora y vocera del juego, solo acomodó las monedas en la mesa, de a montones para apilarlas hasta el lugar que ocupaba su hija. Después, sonrió para determinar que la tarifa para continuar subía a 3 pesos por carta. El abuelo confiado tomó dos cartas para sí y pagó los seis. Dio un trago largo a su bebida y un gran mordisco al filete de carne asada que había sido dejado de lado por su creciente interés en la partida de esa tarde.

Ahora competían por arrebatar el botín a “la China”, apodo con el que conocían a la menor por su cabellera rizada. Aún y cuando era casi imposible, todos creían que la carta de la suerte era la que ella poseía. Nadie más había ganado 4 partidas seguidas hasta ese momento. Se preparaban para continuar después de terminar de comer, habían jugado desde las doce del mediodía, mientras esperaban ansiosos por los alimentos envueltos en papel aluminio tales como carne, cebollas, papas, salchichas y queso gratinado al carbón que se avivaba afuera en el diminuto patio de la casa. Con el

zumbido de la televisión, se acomodaron, trayendo sillas de la sala y comedor hasta la cocina. De pronto, el sonido del plato de nieve seca abrumó a la tercera nieta de la familia, de diez años y más. Solo logró arrugar la nariz en disgusto y en queja regaño a su tía por la acción. La mujer solo soltó una risilla por el intento de regaño de su sobrina.

El segundo nieto, único varón, veía la escena aburrido. Esperaba su plato desde hace rato y con lo que pasaba no había comido aún. Bufó. Se levantó tomando su consola roja de Nintendo para seguir con su propia diversión digital. No veía mejor plan.

Cuando hubieron acabado, alejaron los cubiertos. La siguiente partida definiría el curso de las apuestas y la creación de equipos para derrotar al otro. Cambiaron de estrategia y barajaron las cartas con ímpetu. Las largas manos de la abuela recorrieron cada impresión del cartón, sin voltear pasaba de largo varios mazos divididos en siete cartas para volver a reburujarlas. Ansiosos, todos la contemplaban atentos. El número siete era sagrado en su letanía, tal y como un rezo de memoria. Su hermana, impaciente por la bebida, solo le arrebató el mazo para vocear por su cuenta, “corre y se va” gritó con voz rasposa. Como montaña rusa, su timbre vocal subía y bajaba en vaivén continuo. De vez en cuando, se le pasaba alguna carta por la emoción y no atinaba a marcarla a tiempo, lo que ocasionaba su enojo. Estuvo a punto de ganar, a dos casillas sin marcar, ella, la abuela y el hombre de bigote largo, su sobrino, estaban con ojos abiertos, expectantes y esperando el llamado, cuando de nuevo la China gritó, pero esta vez junto a la voz grave del abuelo que apenas y contuvo la respiración. Ahora el lío que se armaría era tema monetario. El abuelo y su nieta solo se miraron, brevemente, pero con intensidad. Ella intentaba persuadirlo de dejarle todo el dinero, pues, en sus palabras, había ganado primero. La nuera, esposa del hombre azabache, junto a su hijo menor, quien se mantenía en su videojuego, fueron a sentarse en la salita de estar. Era más cómodo y tranquilo y apaciguaba el calor que emanaba de la cocina con el aire lavado de techo. Entre ellos se miraron, aburridos por el juego infantil al que se sometieron todos en la cocina. Para ellos, no era divertido.

De entre la multitud, la nieta mayor, chica despreocupada por el juego de azar, bajaba las escaleras, como sombra, sin llamar la atención y rápida en su calzado deportivo, llegó veloz a la mesa. Se atrevió a arrebatar una quesadilla a su padre, el hombre del bigote, para razonar con todos. Se acomodaron,

contaron el dinero apilado en torres de Babel y la gritería propia cesó. Pasó las cartas a sus manos, el mazo no estaba terminado, al parecer, alguien había doblado una tarjeta por debajo de la mesa. Los ojos desorbitados de la madre de la China, por hacerle callar solo le brindaron alivio, sonrió para sí al saber que, en realidad, nadie había visto lo antes dicho. La tarjeta que nadie vio fue la del gallo colorido.

«La ley primera»

Matías González

Los hermanos, dos mellizos de once años, caminan cada uno con una honda en la mano. El monte nativo —un entrevero de arazás, arueras, chircas, espinillos, anacahuitas— los rodea y se les viene encima. A lo lejos, un río atruena, golpea contra las piedras.

—¿Quedarán pirañas en el río? —pregunta Juan.

—Dejate de joder con las pirañas —contesta Gonzalo, sin dejar de caminar—. Vamos a cazar liebres.

Gonzalo levanta su honda con la mano izquierda, cierra un ojo y tira del elástico con la mano derecha, simulando disparar a un objetivo. Juan quiere imitar a su hermano, pero apenas puede agarrar el elástico con el dedo gordo y el meñique, los únicos que le quedan en la mano derecha. El espacio vacío donde dos semanas atrás aún estaban el dedo índice, el mayor y el anular lo sigue sorprendiendo.

—A veces me parece que van a volver a crecer —dice Juan, mirando las vendas de su mano derecha.

—Eso es imposible —contesta Gonzalo—. No seas imbécil.

Juan imagina que una piraña gigante salta del medio del monte y se traga a su hermano. Mientras fantasea con eso, el aire en su pecho se vuelve espeso: un magma viscoso, difícil de expulsar. Mira la honda, el juguete que no sabe si va a volver a usar. Ya no tiene ganas de cazar liebres. Piensa que hubiera sido mejor quedarse en casa, viendo tele o leyendo alguna historieta. La culpa es de Gonzalo. Juan lo empuja y él protesta.

—¿Qué hacés, idiota? ¿Qué te hice?

—Naciste.

—Nacimos al mismo tiempo, chupapija.

Juan piensa en volver a empujar a Gonzalo, en pegarle. Sabe que su hermano no se va a defender, que su madre le ordenó que no se metiera con él ahora que faltan tres dedos. Juan empuja a Gonzalo, que no se defiende, pero queda serio, de mal humor. Juan se alegra.

Cuando llegan al montículo donde suelen esconderse para cazar liebres, los hermanos dejan las hondas en el suelo, se acuclillan y se ponen a elegir piedritas, que guardan en los bolsillos. Juan mete cinco en el bolsillo izquierdo y cinco en el derecho. No cinco y dos, piensa, sino cinco y cinco. Agarra su honda y, al ponerse de pie, siente un mareo. Sabe que es la sangre acumulada en las heridas; le pasa cuando mueve mucho las manos. No dice nada y se aleja de su hermano, que lo mira fijo. Juan sabe que Gonzalo lo está evaluando, como hace siempre desde el accidente.

—¿Querés practicar contra un árbol —pregunta Gonzalo— antes de intentar darles a las libres?

—No —dice Juan—. No preciso.

—¿Seguro que podés agarrar la honda y darle a una libre con...?

—¿Con los siete dedos que me quedan? —corta Juan—. Sí, seguro.

Juan se acuerda del hospital, del momento en el que abrió los ojos. Se acuerda del entumecimiento, de la hendidura entre sus párpados abriéndose como el telón de un teatro, de las paredes blancas. El blanco impenetrable de ese lugar desconocido y algunas imágenes como destellos: el río, el dolor punzante, los gritos de Gonzalo, el agua ensangrentada, la sirena de una ambulancia. Cuando finalmente abrió los ojos, vio a sus padres sentados al lado de la puerta de la habitación, discutiendo en voz baja. Gonzalo estaba sentado a los pies de su cama, con un libro de historietas sobre el regazo. Cuando se dio cuenta de que Juan estaba despierto, lo miró y dijo:

—Las pirañas te comieron los dedos.

Juan no le creyó. Esas cosas solo pasaban en la tele.

—Bueno, te comieron tres dedos nomás —precisó Gonzalo—. Al menos te quedan siete.

—Puedo con los siete dedos que me quedan —sigue Juan—. No preciso practicar contra ningún árbol. ¿Por qué pensás que preciso practicar, chupapija?

—Bueno, calmate, imbécil. Qué ladilla.

Gonzalo agarra su honda, se agacha y queda en silencio. Entrecierra los ojos, se concentra en los movimientos y los ruidos del monte. Parece olvidarse de que su hermano está ahí, a su lado. Juan siente que podría atravesarlo, que Gonzalo ya no tiene un cuerpo —ni dos manos con cinco dedos en cada una—, sino que es polvo y partículas flotando en el aire. Se imagina que corre a toda

velocidad a través de él y que las partículas se dispersan: caen al piso como las cenizas de un volcán que él podría juntar, meter en una bolsa y tirar al río.

Juan se pregunta qué hacía Gonzalo cuando las pirañas le comieron los dedos. Por qué su hermano no le advirtió que se acercaban, que estaban a punto de morderlo. En qué estaría tan concentrado Gonzalo que las pirañas lograron destruir tres dedos —tres— antes de que lo sacaran del río.

Juan da un paso al costado; Gonzalo no parece notarlo.

—Voy a mirar desde más allá —dice Juan.

—Callate la boca, imbécil —chista Gonzalo—. Que vas a espantar a las liebres.

Juan se aleja unos metros de la cima del montículo, pero sigue con una buena vista del campo. Se queda en silencio y espera. Mira el monte —los arbustos, las ramas que se entrecruzan, el suelo cubierto de hojas secas— y mira a Gonzalo. Levanta la honda, saca una piedra del bolsillo. La acomoda sobre el elástico con los dos dedos que le quedan en la mano derecha. Tira del elástico. Le cuesta: el dedo gordo y el meñique no son lo suficientemente fuertes como para sostener la piedra y tirar del elástico. Si viene una liebre, no sabe si podrá darle. A lo mejor debería haber practicado contra un árbol.

Juan mira a su hermano, que sigue concentrado en el monte, ignorándolo. Siente un ruido entre las ramas, el movimiento de un animal. Vuelve a intentar: levanta la honda con la mano izquierda, sostiene la piedra con los dos dedos de la mano derecha. Apunta a la cabeza, tira del elástico y suelta: un cuerpo cae sobre las hojas secas.

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

Autores

María Sofía Abarca
Yanina Audisio
Rebeca Brillas Ángeles
Giorgina Cerutti
Tomás Conde
José Ángel Estape García
Beatriz de la Fuente Marina
Eva Gálvez de Lucas
María Monserrat Guevara Ontiveros
Nuria Ibarra García
Elena Ledo Martínez
María Ángeles Moreno García
Mario Vicente Ricalo Borrero
Francisco Sacristán Romero
Noa Varela Fernández
Gabriela Villano

Lectores

Susana Álvarez Oquina
Isabel Calderón
Rubén González Vallejo
Maria del Mar Moya-Tasis
Fiorella Parodi



Palabras+ publica esta recopilación de los relatos según se recibieron.

Las obras pertenecen a sus respectivos autores.